

El aviador pronazi aislacionista presidente Lindbergh

Sergio Téllez-Pon

En 1927, cuando Charles A. Lindbergh (1902-1974) aterrizó a las afueras de París llevando con éxito el primer vuelo trasatlántico, su tortuoso periplo apenas comenzaba. Lindbergh es un personaje fascinante: sus biógrafos lo muestran más como ingenuo que astuto y más maleable que malicioso. Por su parte, en la más reciente novela publicada en español, *La conjura contra América* (que sería más apropiado llamar *La conspiración contra Estados Unidos*) del narrador estadounidense Philip Roth, Lindbergh aparece de manera fantasmal, es decir, si bien es un personaje secundario es ante el cual giran todos los demás.

La pregunta clave de esta novela de Roth es: ¿pudo Lindbergh haber llegado a ser el trigésimo tercer presidente de los Estados Unidos de Norteamérica? Roth imagina que sí, y por mi parte intentaré explicar por qué. En septiembre de 1939, el senador republicano por Idaho, William E. Borah, le propone la candidatura presidencial del Partido Republicano y Lindbergh—contrario a lo que realmente sucedió—la acepta. El 27 de junio de 1940, la convención republicana reunida en Filadelfia nombra al carismático piloto su candidato a la presidencia; su rival es el todavía presidente

demócrata Franklin D. Roosevelt quien buscaba un tercer mandato.

Lindbergh era un aclamado héroe popular: su vuelo trasatlántico lo había llevado a ese lugar y luego, con el escándalo suscitado por el secuestro y asesinato de su primogénito en 1932, toda la sociedad norteamericana le había dado su respaldo. Ante este hecho, Lindbergh y su esposa, la escritora Anne Morrow, se mudan a Inglaterra donde viven algún tiempo. Años después, aprovechando la estancia de Lindbergh en Europa, el gobierno estadounidense le pide encubrirse como espía para observar la producción de la maquinaria bélica de Hitler, la conocidísima *Loftwaffe*. Así es como el piloto estadounidense va a la Alemania nazi y allí queda deslumbrado no sólo de la apabullante producción en serie de aviones y artillería alemana sino por la forma de gobierno de los nazis (entre ellas, la exclusión social de los judíos y su afinidad con la eugenesia, es decir, la reproducción selectiva para mejorar la raza aria) y asiste a los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín. A su regreso a Estados Unidos, Lindbergh aconseja no meterse en problemas con la Alemania de Hitler porque

Sergio Téllez-Pon

(Ciudad de México, 1981). Ensayista y poeta, colaborador de la revista *Replicante* y *Alforja*, entre muchas otras.

sergio.tellez.pon@gmail.com

la Unión Americana podría perder una posible guerra.

Es tanta la afinidad de Lindbergh con la Alemania nazi que en octubre de 1938 (durante una cena en la embajada de Estados Unidos en Berlín y por instrucciones de Hitler), recibe de manos de Hermann Göring la medalla Cruz de Servicio del Águila Alemana que ostenta cuatro suásticas perfectamente acomodadas en cada extremo, como puntos cardinales. Las reacciones en Estados Unidos no se hacen esperar y voces de toda la sociedad lo conminan a devolverla; Lindbergh, desde luego, no lo hace por considerar la acción un insulto a la persona del Führer. Aunado a eso, ante miles de seguidores de la organización de extrema derecha, *First America* (Primero Estados Unidos), Lindbergh pronuncia un discurso que gracias a la radio se escucha en todo el país, en el que lanza frases de clara fijación antisemita. Si las elecciones se hubieran celebrado por esas fechas, muy seguramente, Lindbergh no hubiera ganado, pero fueron años después bajo otro contexto, durante esa tensa calma que se vive dado la inminencia de una guerra mundial.

Dado ese ambiente de preguerra, en su campaña por la presidencia, Lindbergh tocó el corazón de los estadounidenses al proclamar que una guerra sería fatídica para Estados Unidos después de las lamentables pérdidas humanas que ocasionó la primera gran guerra y la recuperación económica (aún en marcha gracias al *New Deal* de Roosevelt) luego de la Depresión de 1929. El lema de campaña, claro está, no pudo ser otro: «Votar por Lindbergh o votar por la guerra». La ramplona sensiblería de la sociedad estadounidense tomó por ciertas todas esas batallas que Lindbergh enumeraba y fue así como piloto aislacionista, pronazi e improvisado candidato ganó la elección.

Al contrario de Roosevelt, Lindbergh creía que aquélla no era una guerra de Estados Unidos y por lo tanto el país no tenía que intervenir; por el contrario, era la guerra de los judíos: a la que los cuatro y medio millones de judíos que vivían en la Unión Americana querían orillar a la guerra con Alemania, Italia y Japón. En la novela, Hitler y Lindbergh firman un acuerdo de no agresión en Islandia y el presidente estadounidense se compromete incluso a no suministrar armamento a Canadá e Inglaterra que luchaban contra las potencias del Eje. Gracias a ese acuerdo, el ataque a Pearl Harbor no hubiera ocurrido puesto que los aliados nunca hubieran atacado a uno de los suyos. Y así, la creciente popularidad del presidente Lindbergh hubiera llegado a su punto más alto: para el estadounidense promedio (el de voto volátil, de estrechez mental, chovinista dado la consigna de su Destino Manifiesto y nulo interés en informarse) el presidente habría cumplido su promesa de no llevar a Estados Unidos a una guerra que le era ajena y eso era suficiente para seguir confiando en él y apoyarlo en todas sus acciones (incluso las que eran ejecutadas contra los judíos estadounidenses). Es por eso que resulta inverosímil que Roth hable del ataque a Pearl Harbor (¿por qué Japón tendría que atacar la base naval de un aliado pasivo, pero aliado al fin?) como detonante de la declaración de guerra por parte de las cámaras legislativas al país asiático— algo que, por lo demás, Hitler no le hubiera permitido a Lindbergh.

En el seno de una modesta familia judía de Newark, New Jersey, las políticas de Lindbergh trastocan la armonía de los Roth. El antisemitismo se hace más evidente para la familia Roth cuando viajan a la capital del país, Washington D.C. Allí, al visitar el Lincoln Memorial, el señor Roth tiene

un percance con una pareja que lo enfrenta cuando él ensalza la figura de Lincoln y la contrapone a la de Lindbergh mientras los otros defienden al presidente en turno y se alejan insultándolo diciéndole: «judío hocicón» él, y ella: «cómo me gustaría abofetearlo»; más tarde son desalojados de un hotel en el que habían reservado meses atrás y en donde esa misma tarde se habían registrado. El padre de los Roth tiene alarmantes interpretaciones de la política del presidente Lindbergh hacia los judíos y eso desencadena una inseguridad extrema en todos y cada uno de los integrantes de la familia (aún más en el sobrino rebelde que se une a las tropas canadienses para luchar contra el ejército nazi que en el indiferente y próspero tío empresario, y mucho menos en la oportunista tía que se casa con un rabino encargado de las políticas públicas dirigidas a la comunidad judía en Estados Unidos); esa extrema paranoia se percibe a través de la narración de un avisado niño de 7 años de nombre Philip—que bien podría ser el mismo autor pero que simplemente es uno de los tantos recursos bien ejecutados por Roth.

A pesar de que otros vecinos judíos han huido a Canadá y de la insistencia de la señora Roth por hacer lo mismo, el padre de la familia se opone argumentando que él es tan estadounidense como Lindbergh sin importar que profesen religiones distintas. Aquí, el discurso de Roth a favor de la comunidad judía si bien no deviene panfleto pues intenta ligar a los judíos más a los sentimientos de los Estados Unidos de Norteamérica que a los de su religión (en la novela los Roth nunca van a la sinagoga y el narrador apenas describe una mínima ceremonia de la ortodoxia judía hecha por la madre), sí es muy fallido en cuanto a su eficacia. Recurre a clichés y como en cualquier película o libro que se aborda el tema antisemita, al presentarlos como la minoría oprimida por la inquisitorial mayoría cristiana, los judíos terminan representados como los mártires de la humanidad. El antisemitismo se agrava cada vez más en varias ciudades del norte del país (en una especie de *Kristallnacht*), con la muerte de Walter Winchell, un iracundo locutor de radio judío que fastidiado de las políticas nazis de Lindbergh lanza su prematura campaña presidencial por parte de los demócratas. Así, puesto que de cada



una de esas ciudades llegan noticias de incendios en propiedades de judíos y de todas las sinagogas que los antisemitas encuentran a su paso, en Newark se toman las medidas extremas de precaución donde por muy alta que sea la tensión poco va a suceder.

Para poder hacer que la novela no termine de manera tan trágica, Roth se vale de un cambio en la estructura que no resulta muy convincente. Para calmar los ánimos de los antisemitas, Lindbergh vuela en su memorable *Spirit of Saint Louis* a Kentucky para pronunciar un discurso sereno donde reafirma su oposición a la guerra, incluso una que suceda en territorio estadounidense; minutos después de despegar rumbo a Washington el avión desaparece. Apenas llevaba dos años de su mandato, cuando Roth lo hace desaparecer en los bastos cielos tensándose así las relaciones con Canadá (al que se le reclama el cuerpo del presidente) y con los nazis pues no es de su agrado el reencauzamiento del país que desde su encierro la Primera Dama hace con su inapelable altura moral (a pesar de haber sido una polémica autora que escribió un libro llamado *The Wave of the Future* que se

consideró la Biblia de todo pronazi norteamericano). De otra manera, la novela se le hubiera salido de las manos: ¿cómo retratar la barbarie al apoderarse Hitler de todo el mundo?, ¿cómo no caer en victimizar aún más a los judíos? Por otra parte, eso le sirve al narrador para hacer entrar con mucha habilidad al desaparecido hijo de los Lindbergh, secuestrado diez años atrás por los nazis para asegurar la lealtad del presidente estadounidense al Tercer Reich. Inexplicablemente, Roosevelt vuelve a tomar las riendas de los Estados Unidos y entra a la guerra de lado de Inglaterra, tal como realmente sucedió. Al menos en Estados Unidos el infierno para los judíos ha terminado.

En una reciente entrevista, al preguntársele si Lindbergh en verdad hubiera podido llegar a la Casa Blanca, Roth responde tajante: «No, porque no sucedió». Evidentemente no sucedió, pero Roth le atribuye esto a la democracia estadounidense que, según dice, es la misma que no permitió la reelección por un periodo más del siniestro senador Mc Carthy y que tampoco le ha levantado estatuas o monumentos en

ninguna ciudad estadounidense y ni siquiera se le recuerda en afiche alguno. Sin embargo, es preciso decir que si Lindbergh hubiera sido el candidato republicano en 1940, como ya he dicho líneas atrás, por supuesto hubiera ganado la presidencia: si no fue el candidato (y en consecuencia, el presidente de 1940 a 1944 en caso de haber concluido su mandato o, incluso, hasta 1942 cuando Roth lo hace desaparecer) es por un mero hecho circunstancial, de mera suerte: Lindbergh dijo no cuando se lo propuso el senador Borah. De tal manera que no es algo en que la ensalzada (por Roth) democracia norteamericana haya tenido la determinación y, por lo tanto, muestra que el pueblo estadounidense ya habría cometido su primer gran error histórico en las urnas—lo cual prefigura, hasta cierto punto, la elección de otro siniestro: George W. Bush en 2000 y su reelección en 2004.

La conjura contra América bien podría ser el epílogo de esa trilogía en que Roth retrata la actitud de vida del estadounidense promedio ante sucesos universales en contextos históricos muy concretos del siglo XX que se inicia con

Pastoral americana (1997 y por la cual ganó el premio Pulitzer), continúa con *Me casé con un comunista* (1998) para después seguir con *La mancha humana* (2000; que, creo, en algo está emparentada con *Desgracia* del Nobel sudafricano J.M. Coetzee) y termina, al parecer, con *La conjura contra América* (que además de estar mal traducida desde el título mismo y utilizar invariablemente el adverbio *sólo* y el adjetivo *solo* confundiéndonos, no respeta los sustantivos alemanes que se escriben con mayúscula, por ejemplo, *Herr*).

El personaje Lindbergh, el puritano, el conservador, el fiel esposo, el maleable, de que hablaba al principio, se devela cuando en 2003 aparecen tres hermanos alemanes que dicen ser hijos del famoso piloto estadounidense quien, paradójicamente, terminó sus días combatiendo el ecocidio en el continente africano. Al hacerse las respectivas pruebas de ADN resultó que ciertamente los tres eran hijos de Lindbergh y que los viajes de éste a Alemania también tenían un carácter estrictamente familiar: el vínculo más estrecho que se podría tener con la Alemania de Hitler. ♣